

## IDENTIDAD

*Edmundo Urrutia*

Ya estoy cansado de ir y venir de la frontera, dijo Agustín mientras cerraba con fuerza su mochila vieja de explorador. ¿Cuántas veces hemos ido ya? A mí me parecen mil, dos mil. ¿Y para qué? Para recibir mala noticias. Sólo para eso. Entonces, ¿qué sentido tiene?, se preguntó viendo minuciosamente si no había olvidado algo sobre la cama o sobre la mesita de noche o en el suelo, hasta se agachó para ver debajo de la cama. Siempre se le escapaba alguna cosa. Tenía que estar ahí Julia para hacerle bien la maleta, y sobre todo y ante todo, que no se olvidara del cepillo y la pasta de dientes, objetos sagrados sin los cuales la primera noche sería una pesadilla. Le era insoportable no lavarse la boca, y al notar el olvido se pondría furioso e iría hacia la recepción del hotel, le responderían con mucha pena que no hay cepillos ni pasta, que se olvidara porque ya es muy tarde para encontrar una farmacia o un supermercado abiertos.

Ese desafortunado predicamento solía acaecerle exactamente en ese pueblo miserable de Texhuacán, en Veracruz, según él el pueblo más gris y sin gracia que había conocido, en donde la gente tiene una expresión mustia y triste por los niveles de humedad y pobreza, por el eterno nublado, por la desolación de un viento árido y seco, al extremo que en Texhuacán los colores empalidecen hasta volverse de ese gris cetrino indiferenciado que mata toda alegría de vivir. Ese pueblo tiene cara de una melancolía que te sumerge en la niebla infinita del olvido, dijo Agustín esbozando una sonrisa por la exageración. Si pudiéramos ir hasta Matías Romero de una vez, suspiró, pero con ese maldito carro de tercera mano, si lo intentamos se nos quema el motor y entonces sí nos lleva la chingada.

Dejá de quejarte, le dijo Héctor, viéndolo de soslayo. Siempre decís lo mismo y cuando llegamos a Tapachula y nos llega el calorcito se te sube el ánimo, y con dos cervezas en la panza ya estás preguntando cuándo vamos a regresar otra vez. Las ganas de volver te atrapan el corazón porque respirás el aire que viene de la patria, ese aire que se siente en la frontera y que a vos te cae tan bien, como el acento que te reanima, esa cálida familiaridad centroamericana de los chiapanecos. Por eso no te quejés y apurate, le dijo Héctor, su compañero de viaje, con una mezcla de cariño y respeto, mientras lo esperaba sentado en una silla plástica blanca cerca de la puerta, con un tranquilo gesto de resignación. Tenía su mochila al lado sobre el suelo y un par de libros en una de las manos, pegados al pecho. Mirá vos, le dijo Héctor con tono admonitorio, recordá que siempre te vuelve el optimismo y llegás hasta creer que los reportes de Pablo tienen algún indicio de que la línea de lucha que hemos adoptado es la correcta, aunque nuestra pequeña célula de tres personas que tenemos allá en Guatemala nunca crezca. Ves en sus análisis de coyuntura la confirmación de lo acertado de nuestra visión estratégica en un par de comentarios de líderes sindicales que de todos modos no se nos unen, en la simpatía de un profesor universitario encerrado en su torre de marfil, y el entusiasmo fugaz de un estudiante radical de psicología. Se levantó y tomó la mochila y se la puso en uno de los hombros en una pose de segura masculinidad

física. En el umbral de la puerta, Héctor se detuvo viendo cómo Agustín apretaba las correas y se ponía la mochila sobre los dos hombros y tomaba su gorra de miliciano ruso que le regaló un amigo cubano. Lo observó de pies a cabeza y trató de calcular cuántos años tendría, y con tristeza se dijo que seguro no tiene los años que aparenta. Tanto tiempo en la guerrilla rural, primero, y urbana después, le han de haber comido por lo menos unos veinte años, pensó, mientras veía su caminar cansino. Al bajar por las gradas de metal Agustín tosió.

Dejame que le diga adiós a mi búho, le pidió titubeando ante la urgencia de los ojos de Héctor, si le sobo su cabecita nos da buena suerte, se excusó, ya sabés que esta ave de Minerva alza su vuelo cuando llega la noche y el ruido del mundo ha cesado, tiene la sabiduría de todas las batallas de la historia. Volvió a subir las gradas y abrió de nuevo el apartamento de paredes blancas y azul mexicano, muebles de madera de Oaxaca y cuero de pobre calidad, pero agradables, en donde hacia el fondo, cerca de la ventana, se encontraba una enorme jaula albergando a un alerta y gruñón pájaro de plumas blancas y cafés, de ojos elegantes y con destellos de un brillo intenso. Agustín revisó con cariño que tuviera agua y comida, y no hizo nada más, sus aparentes supersticiones eran puros gestos deliberadamente excéntricos para entretener a sus compañeros, para que gozaran de uno más de sus montajes.

Así era él. Agustín hacía ejercicios mentales ociosos pero atractivos, como calcular el número de cigarrillos necesarios para darle la vuelta al mundo, el número de personas que se necesitaría para fumarlos en una semana, la cantidad de hollín que se quedaría en sus pulmones y, basado en un cálculo enredado de probabilidades, el número de los que morirían de cáncer y de los que no, pero estos últimos, concluía, tendrían desordenes genéticos que heredarían a sus hijos. Una vez llegó a la conclusión, luego de calcular la cantidad de granos de arena agarrados en un puño, que toda la arena en los puños de los cinco mil millones de seres humanos sería equivalente a todos los soles y planetas de las galaxias del universo. Pero con el adusto y reflexivo búho no hizo ningún conjuro porque no creía que algo vinculara al pájaro nocturno con el largo y pesado camino de diecisiete horas que les esperaba. Al regresar al piso de abajo, vio con un poco de sorna a su amigo y ahora sí vámonos, le dijo caminando hacia la puerta, cuando el otro veía con un nerviosismo exagerado el reloj.

Que no nos agarre la noche bajando hacia Veracruz, ya ves que me pongo nervioso en esa horrorosa bajada de las Cumbres de Maltrata, ahí se nos viene encima la naturaleza con todo su poderío y magnificencia, que me hace sentir chiquito, un mosquito en alta mar, declaró con seriedad Héctor, el conductor. Se buscó las llaves en el bolsillo de la chumpa y no las encontró, buscó en los bolsillos del pantalón y tampoco estaban ahí. Puta, exclamó, ya las perdí otra vez, me lleva la que me traje, y se detuvo a tocarse todo el cuerpo y ver hacia la casa y escudriñar en el suelo el camino recorrido con la ilusión de encontrarlas. De pronto se acordó que las había puesto en una de las bolsas de su ratosa mochila y con alivio las sacó y abrió de prisa el carro. De vos y yo, de los dos juntos no sacamos uno bueno, le dijo a Agustín con una sonrisa maliciosa, y así queremos cambiar el mundo. Ay Diosito, suspiró y encaminó el carro hacia Miguel Ángel de Quevedo, rumbo a la populosa y congestionada Calzada Tlalpan.

Cuando llegaron a la salida de la Ciudad de México por la estación oriente, a la atareada Terminal de Autobuses de Pasajeros de Oriente (TAPO), Agustín comenzó a hurgar entre sus cosas y sacó un ajado folder amarillo. Sacó unas hojas escritas a máquina, se colocó unos anteojos estilo años 60 de carey, demasiado grandes y gruesos, y se puso a leer con dificultad. Sacó un lápiz, hizo unas correcciones, pero al rato desistió, el carro había logrado salir del atolladero del tráfico y se enfilaba por la carretera sinuosa hacia Puebla a una regular velocidad, jalando para un lado y para otro. ¿Ya leíste lo que escribí?, le preguntó Agustín con una cara de escepticismo a Héctor. Este artículo para nuestra revista obrera tiene que ser claro y preciso, agregó Agustín, aunque sea en líneas generales quiero explicar en forma inequívoca la línea del nuevo partido que vamos a construir y la nueva estrategia revolucionaria que pondremos en práctica. Leyó en voz alta un par de párrafos y comentó que le preocupaba no tener espacio para hacer un diagnóstico y una crítica a la vieja estrategia, para demostrar de manera contundente en dónde falló la lucha armada y por qué los revolucionarios nos encontramos con el desafío de concebir otra vía para tomar el poder. Agustín se acarició el mentón y con una incómoda preocupación estampada en la cara se volteó hacia su compañero y le dijo que, por la brevedad, el texto tenía un tono dogmático, escrito solo en la forma de tesis, de una manera taxativa. Volvió a leer y se detuvo a pensar durante varios minutos. Pasaron a la altura de Puebla y la dejaron atrás. ¿Qué pensás?, le preguntó un rato después a Héctor. ¿Creés que debemos publicarlo así?, insistió ante el silencio prolongado del otro.

Héctor se tomó su tiempo. Tenía el gesto reconcentrado, parecía calcular de manera cuidadosa lo que quería decir. A mí el artículo me parece bien, sostuvo con suavidad. Como siempre vos escribís bien y claro, con la sencillez necesaria para nuestros destinatarios. Queda bien definido lo más importante, dijo, mientras cambió de velocidad, se fue más despacio y comenzó la bajada de las Cumbres de Maltrata. Sintió un leve nerviosismo cuando se abrieron las montañas hacia un inmenso valle y sintió que se empequeñecían ellos, el carro y la carretera. Agorafobia se llama a este pequeño terror a los espacios abiertos que me asalta sin que pueda hacer nada, se habló Héctor interiormente, concentrándose solo y exclusivamente en la franja de asfalto, evitando ver los enormes barrancos, el espacio que se abría hacia la infinitud del ser, unas moles verdes desmesuradas que amenazaban con tragárselo. Inició el descenso frenando con motor y eso le dio un poco de tranquilidad, tomaba las curvas a la velocidad mínima y, por lo tanto, no tenía que usar los frenos, lo cual le quitaba la preocupación de que se gastaran, fallaran y se fueran en picada hacia uno de los barrancos aparentemente sin fondo que caían en vertical. Comenzó a sentirse tranquilo y volvió sobre el hilo de sus ideas que había dejado atrás, recuperando la humedad natural de su boca y paladar. Todo está bien con tu escritura, continuó Héctor, no queda ninguna duda acerca del contenido, de cuáles son las tareas y hacia dónde debemos enfilear nuestra energía, no hay duda de que debemos dirigirnos a organizar a las verdaderas bases sociales de las transformaciones que queremos impulsar, la clase obrera y sus aliados más importantes. Con seguridad creo que a Pablo le va a parecer demasiado leninista, le va a chocar un poco por el tema del partido de vanguardia y todo eso del estado mayor proletario, pero a estas alturas yo creo que no puede objetar mucho cuando la comisión política de nuestra organización dejó aprobada la línea de lucha. Estuvimos de acuerdo de manera unánime, ¿te acordás? Héctor tomó aliento y

quiso seguir con su discurso, pero se asustó al tomar una curva más rápido de lo que podían aguantar sus nervios. Frenó en la mera curva, dándose cuenta de que había cometido un peligroso error como conductor, pero Agustín, el copiloto, no reparó en el desacierto, tranquilo como iba apreciando la inmensidad del paisaje. Pero a mí lo que más me interesa no es el artículo ni la revista ni la línea en este momento, se atrevió a decir Héctor. A mí lo que me interesa es que saquemos todas las conclusiones de nuestra posición política y que vos finalmente aceptés ir en la práctica hasta las últimas consecuencias de nuestra premisas.

Quizá sería bueno que nos desviáramos un poco y fuéramos a Córdoba, a mí ya me comenzó a doler la espalda, compita, respondió evasivo Agustín, tomando distancia y haciéndose el desentendido de las últimas palabras. Disculpá mis achaques vos, necesito caminar, estirar las piernas, mover la espalda, ya sabés que esa bacteria de la selva profunda de Guatemala casi me devoró toda la espina dorsal. Los años en la montaña y los que viví encerrado en la ciudad bajo el asedio me están pasando la factura, dijo sin ver el rostro de Héctor, quien miraba reconcentrado al camino. Agustín siguió hablando como articulando un discurso, que todo esto me sucedió porque hice del destino de la patria mi destino, la patria de los oprimidos y explotados, no la patria de los criollos y los indios que viven como si fueran la encarnación del espíritu del mundo, imponiendo su señorío a unos y a otras, indígenas y ladinos. Tal vez sean la encarnación pero del espíritu de la vieja y decadente Europa, que no es más que un fragmento, en un ocaso desesperado, del espíritu del mundo. Ya llegará el día en que lo más avanzado de Occidente, Agustín suspiró, se funda con el espíritu de los otros pueblos y surja una cultura de la humanidad común, colectiva, sin exclusiones. Esa sigue siendo una de las principales tareas del socialismo, aún después y a pesar del colapso de la Unión Soviética. Articuló esto último con la dificultad de quien se siente inseguro ante un gran auditorio, ligeramente perturbado, como oyéndose solo a sí mismo, sin poder conectarse con la gente de ojos expectantes. Tomó aire, levantó una mano y siguió con su discurso. La historia todavía no ha terminado, Héctor, todavía faltan muchos capítulos y vos y yo y nosotros vamos a escribir un par de ellos todavía, dijo abriendo la puerta del coche, frente a un restaurante de mariscos, al lado del parque central de la ciudad veracruzana de Córdoba, lleno del verde de los árboles, arbustos y flores, rodeado de edificios tipo español color de cal.

Héctor, tras la pausa en la antigua ciudad y ya en camino, volvió interesado sobre el hilo de la conversación. Hay una cosa que se desprende de nuestro planteamiento ideológico político y que vos no has querido aceptar Agustín, se atrevió a decir. Nuestra organización hermana y principal aliada lo viene sosteniendo desde hace un año, pero por tu cerrazón nosotros no lo hemos discutido seriamente, a fondo, como se debe. No te das cuenta, Agustín, que desde hace mucho nos hemos vuelto irrelevantes, reducidos a elaborar sendos análisis en el aislamiento total y por ello acusados de construir puras especulaciones. Nuestra influencia es casi cero, ya lo sabés. Pablo, que está en el terreno, conviviendo con la gente en su vida cotidiana, nos lo va a confirmar con esa mirada suya de lince, calculando el efecto sobre nuestro ánimo, en especial tratando de no desanimarnos tanto. Tenemos razón en la teoría pero erramos en la práctica, y todo porque no somos consecuentes. Nuestros amigos enemigos de la URNG hegemonizan en el movimiento social, no nos dejan espacio y sus críticas despiadadas contra nosotros nos condenan a la

clandestinidad en la clandestinidad. Además, vos te has dado cuenta, Agustín, que nuestros enemigos de clase y sus representantes políticos se han enfilado, a pesar de ellos, por el camino de una institucionalidad política que les obliga a dar espacios, a permitir que se organice una oposición de izquierda legal, una izquierda dispuesta a aceptar las nuevas reglas del juego. Esta es nuestra oportunidad, enfatizó Héctor, porque si no hacemos algo ahora, aprovechamos la rendija abierta, lo peor va a suceder ahora cuando comience el proceso de paz. Todos van a sostener que tenían razón en contra de nosotros, cuando en verdad nosotros vimos este proceso encaminado hacia la política y el fin de la lucha armada hace casi diez años. El corolario es claro, compañero, tenemos que dismantelar todo lo que tenemos aquí en México y llevar todos nuestros bártulos a Guatemala. Cruzar la frontera, atrevernos a dar el salto, dejar de ser literalmente transterrados, concluyó remarcando sus palabras, insistiendo con un fuerte aliento en las palabras cruciales: cruzar la frontera, volver, hacer política y, por lo tanto, renunciar al proyecto revolucionario. Agustín no hizo ningún comentario, no tuvo ninguna reacción, sin moverse se quedó viendo el paisaje que le permitía relajarse. Solo se oía el viento que chocaba contra la superficie del carro y el sonido lejano de los truenos que lanzaban sus espadas de fuego en el horizonte hacia la costa de Veracruz. Ya comenzaba a anochecer y les faltaban unos veinte kilómetros para llegar al pueblo perdido de Texhuacán.

Luego de registrarse en el hotel de cuarta categoría (el mejor del lugar), se allegaron al único restaurante que estaba abierto en la noche temprana. Héctor recordó la última vez que estuvo en este inhóspito lugar, llevaba a marchas forzadas a Pablo hacia la frontera para que éste, haciéndose pasar por estudiante guatemalteco, se adentrara al país y llevara el trabajo político de la organización, por decirlo así, a tierra firme. Cuando se quedaron en este lugar olvidado del mundo, después de caminar para matar el tiempo, se sentaron en una banqueta frente al parque como dos huérfanos de madre y padre y patria. Ya sentados, Pablo comenzó la plática y le dijo sacudiéndose el pantalón a la altura de la pantorrilla, ¿sabés algo, Héctor? Tengo que confesarte una cosa que me da vergüenza. Hizo una pausa. No te hagás bolas, decímelo nada más, para eso son los compañeros de lucha, dijo alentándolo, a Pablo, su fiel discípulo, imaginando que algo inocente le pasaba al patojo, una historia de amor con una compañera o algo así. Fijate Héctor, dijo Pablo con dificultad, la cosa está tan jodida conmigo que he comenzado a comprar números de la lotería, y agachó la cabeza como hurgando el pavimento. ¿Ah, sí?, le respondió el otro, pues aunque no lo vas a creer, se da el caso de que yo también, le respondió Héctor. Todos los meses puntualmente compro mi cachito para ver si con un golpe de suerte salgo de esta desgraciada indigencia, esta condición paupérrima que me impide hasta comprar cigarros, lo básico vos. Valientes revolucionarios nos hemos vuelto, exclamó Pablo. Es patético dijo tirando la colilla con desprecio.

Afortunadamente, esta vez estaban cómodamente sentados en la mesa en un viejo local que hacía las veces de medio comedor, medio cantina, y se llamaba correctamente El Olvido, y esa noche estaba llena de jornaleros sentados en bancas y mesas rústicas de madera. La respuesta de Agustín era obligatoria, no podía dejar pasar y guardar silencio ante el desafío que le había lanzado Héctor. He estado pensando mucho, vos, no creás que no le estoy dando vueltas al asunto, aquí lo

tengo, y señaló su cabeza con el dedo índice. Todo el tiempo desde hace meses, ya sabés que a mí me cuesta procesar las ideas, en especial si son tan serias y aventuradas como las contenidas en el nuevo planteamiento de vos, de ustedes. Que nuestra organización hermana las haya puesto sobre la mesa, a mí, la verdad te digo, no me interesa ni me preocupa. Aquellos en su mayoría son puros intelectuales, lo cual no está mal, yo mismo soy un intelectual, pero su experiencia en la práctica es lamentable. Uno de ellos no ha vivido en el país ni dos años en los últimos treinta, se ha pasado su vida revolucionaria en medio de libros y echando rollo en las aulas. El saber revolucionario no se construye así, cómodamente en una oficina, hay niveles de la realidad que solo se comprenden si combinás adecuadamente la teoría y la práctica. Pero dejemos de lado a los muchachos de la disidencia del PGT. Lo que me preocupa seriamente es que la propuesta provenga de vos y tu grupo, con quienes precisamente estuvimos en los peores momentos de la guerra y con quienes hemos reflexionado a fondo nuestra experiencia, elevando nuestra conciencia revolucionaria a niveles superiores. Si dejamos la vieja organización fue para concebir otra estrategia para hacer la revolución, sostuvo enfático Agustín, no para renunciar a cambiar radicalmente a nuestra patria. Por esa experiencia compartida he tomado en serio tu planteamiento y quiero decirte que he llegado a algunas conclusiones. Una personal y una colectiva. La personal es muy clara, vos, no hay que tener un gran cerebro para entenderla. Yo soy revolucionario, yo tengo más de treinta años de lucha, mi identidad, lo que me articula y le da sentido a lo que hago, a lo que soy, es la revolución. Yo no puedo así nomás disolver nuestra organización, regresar al país, cruzar la frontera, dejar atrás treinta años de lucha y a miles de compañeros que se sacrificaron, porque eso va a significar que voy a dejar de ser revolucionario, mi esencia. Regresar a Guatemala en estas condiciones y mudar de piel y alma, la verdad, se me hace cuesta arriba, Agustín dijo esto con esfuerzo, sintió que le faltaba el aire. Además, en mi caso particular y por mi trayectoria de comandante guerrillero, prosiguió, yo tendría que acogerme a la amnistía, hacerlo públicamente, aceptar las reglas de juego de quienes utilizaron contra nuestro pueblo las formas de guerra más terribles, inhumanas y sanguinarias. Y eso compita, eso es imposible. He sido revolucionario y moriré revolucionario. Primero me muero aquí, solo, que regresar en esas condiciones, bajar la cerviz a un poder que nos impuso temporalmente la derrota militar. Si tuviera las condiciones físicas adecuadas, regresaría, sí, pero a la clandestinidad a organizar un nuevo partido revolucionario. Eso es un asunto personal, me vas a decir Héctor, y estoy de acuerdo. Este es asunto mío, de mi fuero interno, de mi espíritu, por lo tanto es una cuestión subjetiva y marcada por el azar, no la necesidad. Sin embargo, la cosa no se queda ahí. La otra conclusión a la que he llegado es que Guatemala necesita más que nunca una revolución porque la situación del país se ha empeorado, porque se ha agravado la situación de nuestro pueblo y no van a cambiar por el camino de una democracia formal. En tus palabras creo entrever que sostenés que hay que pasar de plantear la revolución como programa de lucha a demandar reformas sociales, políticas, y yo te digo, manito, querido Héctor, que de plantear reformas a la defensa del sistema solo hay un paso. Rosita Luxemburgo ya lo vio hace setenta años, el reformismo es la capitulación, es dejar la estructura de poder intacta, acomodarse al ínfimo espacio que le da oxígeno al sistema, a esa democracia gobernada por los que acaparan en su beneficio la riqueza que producen todos los guatemaltecos, es decir, por los mismos que han dominado al país desde siempre. Ya vas a ver, Héctor, primero nos van a cooptar y luego

terminaremos siendo parte de ellos. Empezás reformista, te integrás y luego desarrollás intereses dentro del sistema, y terminás defendiéndolo. Yo me quedo con la frase del socialdemócrata Mario Alcántara cuando todavía no había pactado y transigido. En Guatemala, sostuvo Mario, para hacer reformas hay que hacer la revolución. Lo que no quiere decir otra cosa más que la transformación total del régimen oligárquico que todavía sobrevive después de más de medio siglo de lucha, desde 1944. Tenemos que continuar con nuestro programa de transformación económica, social, política y étnico-cultural. ¿De qué forma creés que los indígenas van a convertirse en ciudadanos plenos, dejar de sufrir discriminación y superexplotación, dejar de ser siervos en la patria del criollo?, se preguntó Agustín. Solo a través de la revolución, no hay otra vía, se respondió. Y ahora de nuevo se detuvo. Le faltó aire y a estas alturas no había comido nada. El pollo asado, el arroz y las verduras ya se habían enfriado. Los dos tenían en las manos los cubiertos como dispuestos a entrarle a la comida, pero no movían ninguna parte del cuerpo para hacerlo, tenían los ojos fijos puestos en los ojos del otro, en plena concentración, sopesando cada palabra articulada uno, oyendo con atención milimétrica el otro.

Se dieron una pausa y comenzaron a comer en silencio. De pronto Héctor dejó los cubiertos a un lado del plato, y se acarició el rostro viendo hacia el infinito. Hizo ese gesto varias veces. Entiendo, dijo después de un par de minutos. Reconozco lo primero, comprendo la dimensión existencial de tu postura, Agustín, pero no acepto lo segundo, no completamente al menos. Sobre lo primero quiero recordarte el libro que nos pusiste a leer allá por el año 85 en el DF, cuando teníamos talleres de fin de semana y recorrimos varios temas que vos considerabas estratégicos. De esa cuenta, ¿te acordás Agustín? Leímos a todos los teóricos de la guerra, de Sun Tzu hasta Clausewitz hasta Nguyễn Giap, el general vietnamita que derrotó a los yanquis. Querías que entendiéramos a fondo la naturaleza de la guerra, para saber cuándo es oportuna, inevitable, y cuando no. Pero es al primer taller que tuvimos al que quiero aludir, lo preparaste bien, recuerdo, todos nos dimos cuenta del profundo sentido de lo que te propusiste alcanzar en ese taller. Fue solo un fin de semana y leímos solamente un texto: La idea de la muerte en Hegel de Alexander Kojève. No me voy a extender porque vos sabés de esto más y mucho mejor que yo, pero quiero recordarte que en ese libro y en ese taller de lo que se trataba era de entender el lugar de la muerte en nuestras vidas, comprender que la conciencia plena de la muerte es lo que nos hace seres humanos. Sin embargo, no se trataba de entender solamente el sentido de la muerte física, el hecho de perder la vida, de desaparecer e ir a la tumba. No. Se trataba de entender que en el desarrollo histórico experimentamos inevitablemente la muerte simbólica de mundos enteros, de formas de vida, de ser y de pensar, de creencias que han perdido la razón de su existencia, pues el tiempo y el curso de los acontecimientos han erosionado, primero cuantitativamente, y luego de forma acelerada y cualitativa, los fundamentos en donde sostiene su lugar legítimo en el mundo. Vos querías, Agustín, que nosotros comprendiéramos que la lucha armada que definió la vida de varias generaciones de revolucionarios, que definió la esencia de nuestras identidades, tenía que abandonarse, dejarla morir por así decir. Recuerdo que nos dijiste que aceptar ese tipo de muerte requiere de la mayor fortaleza. Yo sostengo que ahora estamos en un momento, si no igual, muy parecido. Hay que pasar a otra figura del espíritu. Hegel dixit. Me temo que vos Agustín no querés cambiar, a pesar de lo que dijo tu maestro, a pesar de que el búho de Minerva ya dio su veredicto.

Héctor se acomodó y dio un bocado. Una señora muy morena y muy entrada en años se acercó con suma amabilidad a preguntarles si querían algo más. Por favor, ¿podría calentarme las tortillas?, le preguntó Héctor muy serio. Hizo una pausa, pero no esperó mucho y continuó. Y con relación a lo otro, a que en Guatemala todavía está en su agenda histórico estructural el tema de la revolución, te quiero decir lo siguiente. El tema de la revolución ya no está en ninguna agenda en ninguna parte del mundo. El tema de la revolución socialista al menos, porque hay que aceptar, aunque nos duela, que las revoluciones capitalistas sí se están dando en todo el mundo. Eran puras patrañas eso de que vivíamos la época de transición al socialismo ¿No te das cuenta? El ciclo de la revoluciones de izquierda se acabó, se cerró, se canceló, ahora vamos a otra cosa en los países periféricos, vamos al ciclo de la reformas en el marco de un sistema político plural y una economía de mercado, en donde las reformas se van a acumular de tal manera que se pueda alcanzar el ideal de una sociedad igualitaria a través de un Estado benefactor, redistributivo. Y esto se va a ganar por medio de un partido legal que compita por los votos, por medio de la vida parlamentaria, de la construcción de una gran alianza política que acorrale y aisle a la oligarquía. Nuestro partido, dijo Héctor con orgullo y vehemencia, tiene que construir una gran alianza anti oligárquica y realizar las tareas que quedaron inconclusas por el vergazo del 54, convocar a pequeños y medianos empresarios, cooperativistas, campesinos, ecologistas, mujeres de avanzada. Podríamos conducir el proceso si nos proponemos ser la vanguardia de ese movimiento. Hace casi diez años nos propusimos sobrevivir y, mirá, lo logramos. Rosita Luxemburgo se topó contra la realidad y, ¿qué le pasó?, murió porque quería ir más lejos de lo que permitía la realidad. Ella escribió en una época en que tal vez era verdad que la alternativa era socialismo o barbarie, reforma o revolución (el fascismo estaba a las puertas de Europa), pero el capitalismo bajo la conducción de los Estados Unidos mostró todavía tener un gran vigor, y el socialismo se convirtió en una cuestión nacional cuando Rusia, aislada, con los bolcheviques en el poder optaron por el socialismo. Yo pienso que los dilemas que Luxemburgo planteó los superó la historia. No es que sean falsos en absoluto, son falsos ahora, ochenta años después. La historia, mi querido compañero, se movió en una dirección, sino opuesta, muy distinta a la de nuestra expectativas desde este pequeño país y esta pequeña región. Este nuevo movimiento de la historia define otra agenda, nos definen otras tareas. La correlación de fuerzas mundial después de la caída de la Unión Soviética nos señala la ruta: reformismo. Héctor miró fijamente a los ojos a Agustín esperando la respuesta.

En ese momento la vieja señora achacosa llegó con las tortillas y Héctor reinició con entusiasmo su tarea nutritiva, los frijoles con queso y crema le sabían a manjares esa noche lluviosa y húmeda. Decir finalmente lo que había dicho lo había liberado de una carga, de un obstáculo que sabía en su camino, algo que no se había atrevido a decirle a Agustín y a nadie con todas las letras, o sea, ponerle nombre a sus ideas, darles vida sin ninguna aprensión política o personal, sin autocensurarse. El café estaba aguado pero hervía de caliente, lo que compensaba su mal sabor. Recibir algo cálido en el pecho lo reconfortó y le hizo sentir y pensar con claridad que la brecha finalmente se había abierto en el denso bosque de las ideas y el ánimo de Agustín, su compañero de viaje. Héctor hacía mucho tiempo que se sentía atrapado y lo peor de lo peor, estancado, parado en un mismo lugar sin moverse hacia ningún lado. Sentía que hacía mucho tiempo estaba



perdiendo el tiempo, desperdiciando preciosos años de su vida. Con lo dicho se dio cuenta de que había dado un paso en la dirección de su emancipación, del momento en que iba a poder deshacerse de las trabas que impedían realizar los planes que venía fraguando en silencio desde hacía por lo menos dos años. El hambre se le agigantó y pidió otro par de huevos con frijoles y tortillas.

El turno pasó al otro lado de la mesa. Agustín se acomodó y dijo, con calculada templanza, hace un momento al expresarte cómo pienso, separé los dos puntos que quería resaltar y lo hice por necesidades internas a la exposición, pero la conclusión personal no se puede separar del análisis de las condiciones concretas de Guatemala. Yo quiero seguir siendo revolucionario, porque me formé revolucionario, enfatizó Agustín, pero también porque en nuestro país se necesita todavía una revolución, oíme bien, incluso para un programa reformista pequeño burgués como el que vos estás postulando. Lo subjetivo es lo objetivo y viceversa, lo objetivo es lo subjetivo. Soy revolucionario porque la realidad objetiva demanda la revolución. Aunque dejame decirte que lo que vos estás diciendo va incluso más allá de lo que yo había pensado. Vos querés que nos volvamos un partido político legal cuya estrategia sea ganar elecciones, competir por el voto popular, competir con los partidos de la derecha por la “simpatía” popular, dijo esto haciendo el movimiento típico con los dedos. Vos creés que en Guatemala se puede tener un partido de izquierda capaz de lucha electoral y vida parlamentaria, que tenga la opción de llegar al poder. ¡Qué iluso! De nuevo estás confundiendo tus deseos con la realidad, me temo sinceramente Héctor, pues lo que estás expresando, y disculpá por lo que te voy a decir, es la salida existencial que vos personalmente necesitás. Tu subjetivismo esconde a un individuo que busca una salida. ¿Qué es lo que tengo enfrente? Un subjetivismo y un individualismo de la chingada madre. Ya no comía Agustín. Ya no estaba tranquilo tampoco. Mostraba un ceño fruncido, típico de que estaba de mal humor, casi rozando el enojo. Estoy como la gran puta, dijo en su fuero interno, pero no debo dejarme llevar por la emoción. Tengo que mantener la calma. Tomó dos tragos del diluido café y miró hacia la calle. Un perro callejero escuálido y maltratado pasó olfateando con la ilusión de encontrar un bocado, a pesar de su miseria se veía animado y dispuesto. Se detuvo y lo miró como preguntándose si se iba a animar a tirarle un bocado. Así lo hizo el hombre que ostentaba una gorra inusual por aquellos rumbos tropicales, le tiró unos huesos de pollo, el desperdicio de su plato.

Me da la impresión, continuó, que vos creés que Guatemala se puede convertir en Costa Rica de la noche a la mañana. Qué Costa Rica, vos creés que Guatemala puede ser Suecia en un santiamén. La tutela norteamericana y militar no va a terminar de un soplido y la resistencia oligárquica no va a disminuir, va a crecer. ¿No te diste cuenta de lo que le pasó a la Democracia Cristiana? No sé cuántas conspiraciones tuvo que resistir, cuántos golpes de Estado tuvo que soportar hasta que la disciplinaron. A nosotros nos van a seguir disciplinando, pero no con amenazas del uso de la fuerza, a nosotros nos someten a sangre y fuego, a puros vergazos como siempre, como hacen desde la conquista con los que se oponen a los designios de la clase dominante. Mirá, en la correlación de fuerzas actuales, en el supuesto juego democrático nos van subordinar de tal forma que vamos a ser una caricatura de lo que hemos sido. Tienen todo a su favor, todo. Para comenzar

tienen la riqueza del país. En ese terreno tenemos las de perder porque no tendremos recursos para organizarnos en todo el territorio. Tienen los medios de comunicación en sus manos, y en el modelo político que vos esbozás, estos medios son cruciales para la lucha ideológica. ¿Cómo vamos a competir en ese campo? Tienen organización, a los partidos los tienen comiendo en sus manos, tienen tecnología. Oí lo que te digo, camarada, recalcó esta última palabra y se quitó la gorra, comenzaba a darle un calor tal que le comenzó a picar la cabeza. Al quitarse la gorra y, por consiguiente, la sombra sobre su rostro, se le encendieron los ojos verdes de lince que tenía. ¡Héctor, estás confundiendo tus deseos con la realidad!, exclamó con señales contenidas de irritación.

Wishfullthinking es como se dice en inglés eso de confundir los deseos con la realidad, se dijo Héctor, el más joven de ambos. Puso la quijada sobre la mano que descansaba sobre su codo apoyado en la mesa, reflexionando mientras observaba con detenimiento a una muchacha que descansaba en un extremo del mostrador después del frenesí de todas las cenas que había servido con diligencia. La joven le hizo recordar a su hija, a Margarita, a quien no veía desde hacía cinco años. Su primera mujer, su madre, se la había llevado de vuelta a Guatemala y no había forma de que se la mandara y pudiera estar con ella. Su ex mujer argüía que la hija no quería verlo. La ponía en el teléfono para que ella misma se lo dijera, pero él sabía que esa aparente espontaneidad se había fabricado a través de esos largos cinco años. Su primera mujer no le perdonaba que él se hubiera ido a la guerra, que se hubiera enmontañado cuando la hija era apenas un bebé, que la dejara a la merced de la familia de ella, una familia conservadora que la castigó con su indiferencia por haber traicionado a su clase. Ella era de familia pudiente, y la necesidad y la pobreza del exilio y, al final, el desamor la hicieron volver cuando llegó la Democracia Cristiana al gobierno, y pudieron regresar al país aquellos de los nuestros que estaban menos comprometidos con la guerra. Ahora se encargaba de los negocios de su padre, un padre que cuando la vio regresar de bienvenida le dijo con euforia ¡les ganamos!, y ella le contestó, sí, ganaron, pero mirá cómo dejaron al país. Este país está hecho una mierda. Fue en 1978 cuando todo cambió y su marido no pudo resistirse a la ola revolucionaria que barrió al país ese año y los que siguieron, a ese vendaval de lo que pareció, después del triunfo sandinista en Nicaragua, la hora de Guatemala, la hora de darle cara vuelta a todo. Daba la impresión de que el viento de la historia soplabá como un viento fuerte revolucionario. Héctor primero se fue a la montaña por unos meses, pero lo más canijo fueron los años de la vida en la guerrilla urbana, sobre todo por el aparato de inteligencia militar al que se tuvieron que enfrentar, un aparato militar a decir verdad invencible, ni en cien años hubieran podido vencer a un ejército equipado y entrenado por taiwaneses, chilenos, argentinos, israelitas, y bajo de agua, los sempiternos y omnipresentes, norteamericanos.

Yo creo que a vos te hace falta algo que dice tu maestro Hegel, se dirigió al hombre más viejo, Agustín. El maestro alemán dijo que llega un momento en la vida en que la principal virtud es el realismo, y yo me temo que vos no te podés bajar de tu utopía, estás agarrado al mito de la revolución de una forma tal que si te sueltas sentís que vas a caer al vacío. ¿Qué quiere decir realismo aquí y ahora, en las actuales condiciones? Quiere decir que es hora de la política, que esto quiere decir aprovechar los espacios que se abren, la apertura que nos permitirá organizarnos

y ganarnos a las masas. Quiere decir también que los guanacos ya van a firmar la paz, en un par de años a lo sumo, y después vendremos nosotros, nuestro proceso de paz. Es lo que la comunidad internacional quiere, es decir, los gringos y sus aliados occidentales. Tenemos que prepararnos para ese proceso, si no, vamos a ser un simple furgón de cola. Realismo quiere decir paz y democracia. Esas son las nuevas reglas, compañero, y tenemos que dar el salto. ¡Hay que tener la fortaleza para cambiar, compañero! ¡Tenemos que cruzar la frontera!

Desanimado, el otro volvió a ponerse la gorra, signo de que ya estaba cansado y que la conversación estaba llegando al final. Se le quedó viendo y Héctor tranquilo tomaba con sorbos el café caliente. Él seguía siendo el jefe, de todos modos, y por lo menos hasta ahora podía tomar ciertas decisiones, influir en el curso de la vida de la organización, tratar de si no atajar, por lo menos orientar el proceso. Hizo un cálculo mental de quienes en la comisión política estaban con él incondicionalmente, y se dio cuenta que tal vez ya ninguno, que su liderazgo ya no daba para más. El compita Manuel tal vez lo seguiría, pero más por lealtad que por convicción. Agustín temió que la conversación que tuvo lugar esa noche fuera parte de un plan, que algo se estaba cocinando entre los miembros dirigentes.

Yo te he dicho lo que pienso, fue lo último que dijo, y por ahora voy a seguir pensando así. Soy revolucionario en un país que necesita una revolución, punto, dijo con el índice sobre la mesa. No puedo visualizarme haciendo lo que vos estás prefigurando. Voy a defender mi posición con toda la fuerza de mi inteligencia, y creo que pase lo que pase la historia va a decir de mí que fui leal al ideal revolucionario que nació aquel octubre de 1944. Hemos hecho demasiados sacrificios para echar la memoria de nuestros mártires por la borda. No podemos dilapidar su ejemplo de lucha en una falsa democracia burguesa. Y antes que se me olvide. A Rosa Luxemburgo la mató un gobierno reformista, el de Friedrich Ebert. Pocos años después la extrema derecha nazi barrió con todos los reformistas, incluyendo a los Ebert, dijo y se levantó y le pidió que pagara. Subió a su cuarto en el segundo piso de una casa de madera vieja y sucia. Esbozó una sonrisa cuando sacó su cepillo de dientes y su pasta Colgate. Durmió con la boca fresca, como se debe.

Al otro día tomaron la ruta sin dilación. El camino era plano y llenos de rectas. El conductor se sintió a gusto. Sentía el viento en la cara y de pronto su conciencia dejó salir la frase: hay que ser clarividente para olfatear hacia dónde se mueve el viento de la historia, después hay que dejarse llevar porque las barreras van a caer con un empujón de la voluntad. Dejaron atrás Matías Romero, diciendo adiós a Veracruz, pasaron por Juchitán, es decir, la entrada a la costa del estrecho de Tehuantepec, con sus mujeres zapotecas, morenas, grandes, de carácter fuerte como sus faldas largas lo denotaban. Dejaron atrás también la Ventosa y su paisaje surrealista (árboles, matorrales y arbustos doblados por el viento), y pasaron uno a uno los pueblos de Arriaga, Tonalá, Pijijiapan, Huixtla, hasta llegar a Tapachula de Córdoba y Ordóñez, ya casi en la frontera y un poquito más acá de la tierra anhelada.

Y tal como fue predicho, luciendo una impecable guayabera y unas sandalias frescas, Agustín se paseó satisfecho por los puestos de comida en un extremo del parque central rodeado de árboles pintados de cal hasta la cintura y de hojas increíblemente verdes. No estaba alegre como otras

veces, sin embargo. La cercanía de las montañas y volcanes que recorrió a pie innumerables veces en el pasado, no mucho tiempo atrás, no tuvieron el efecto benefactor de otras veces. El aire sombrío en el rostro de Agustín y no lo abandonó ni lo iba a abandonar por mucho tiempo. La frontera esa vez no fue el bálsamo de otros tiempos. Recordó a su padre y a su hermano, sus dos maestros ya idos de este mundo. Los recordó en la aciaga noche de junio de 1954 cuando su papá llegó agitado y les dijo que el presidente Árbenz había renunciado, provocando la ira y el llanto de su hermano. Recordó que para ellos ser revolucionario era como pertenecer a una hermandad, como tener un título de nobleza, pertenecer a los hombres con una dignidad a toda prueba, con integridad total, con altos ideales y con la disposición de sacrificarlo todo por la revolución, renunciar la vocación, la familia, los hijos, hasta la vida por el ideal. Se sorprendió cuando una imagen del Che Guevara pasó por su conciencia, y pasaron uno a uno, rápidamente, todos los compañeros caídos en batallas en la sierra y la selva, y en las calles de la ciudad. Se instalaron en su imaginación los indígenas del futuro y reconoció un porvenir pletórico para ellos. La imagen de Francisca, una joven de la guerrilla, deambuló por un rato y no dejó de recordar al amado pueblo Ixil.

Pasaron varios meses, tal vez un año, pero a él le parecieron días. Todo sucedió de manera vertiginosa. De pronto se vio viviendo en un pequeño apartamento de la Colonia Roma en la Ciudad de México, solo, lo que quiere decir solo, hasta Julia se había ido con el pretexto de que necesitaba tener un espacio propio. El feminismo desplazó en ella su marxismo a ultranza. Agustín se vio en medio de un proceso que tomó rápidamente rasgos irreversibles, imposibles de controlar. Se mantuvo firme como lo había anunciado, aun cuando a veces llegó a temer que posiblemente estaba equivocado, que su obstinación no tenía asidero en la realidad, pero solo unas pocas veces nada más, unas pocas veces que en verdad hicieron poca mella en su convicción profunda de mantener su ser revolucionario, en un país que él consideraba necesitaba aún una revolución.

Todo un día todo comenzó a disolverse, las estructuras organizativas, las viejas militancias, las redes de apoyo, y sintió, se dijo a sí mismo una noche triste en un bar cerca del Zócalo, seguramente lo que sintió Heráclito después de haber sido derrotado por sus enemigos y abandonado por sus amigos. Fue cuando el filósofo en las afueras de Éfeso, a la orilla de un río, trazó su visión del mundo y escribió que la guerra era la madre de todas las cosas, que no nos bañamos en el mismo río, que somos y no somos.

Agustín murió tres años después, de un ataque al corazón, “masivo” dijo el reporte médico.